

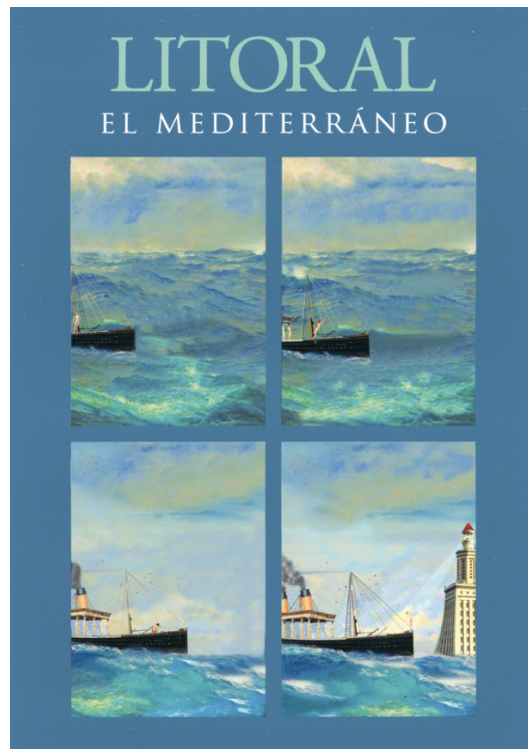
Sur, la imprenta del paraíso.

Al centenario en 2025 de la Imprenta de la Generación del 27 y de la rica tradición impresora de Málaga, se le suma ahora el de la revista *Litoral*.

Guillermo Busutil

El escrito original fue publicado en Cultura de La Vanguardia el 18 de abril de 2026, dando el autor su autorización para su publicación en IEUS.

Su padre le regaló una imprenta, y él se convirtió en cazador de nubes. En octubre de 1925 Emilio Prados aprende que un endecasílabo tiene dieciocho cíceros, que no pesa lo mismo el plomo de una letra si es redonda o cursiva, y que un kilo es lo que suma un soneto. En mangas de camisa blanca de malagueño el joven poeta trabaja de principiante, a cargo del maquinista José Andrade Martín ejercitándose en buscar en el chibalete de 103 cajetines las versales y las minúsculas. A sostener en una mano el componedor de 30 centímetros donde va cargando con la precisión de la otra el plomo de cada letra, el renglón de un verso, el primer disparo de un poema. Licenciado de cajista, en compañía de su amigo Manuel Altolaguirre amante del mismo oficio, está listo para poner en marcha la Minerva Monopol alemana y regalarle a la Literatura la exquisita revista *Litoral*, cuna poética de la Generación del 27 que cumple éste 2026 cien años de navegación.



Una celebración a la que a finales de diciembre le pasó el testigo el centenario de la imprenta Sur, transformada por Prados y Altolaguirre en un barco varado con vigas de azul y blanco, cartas marítimas antiguas e imaginarias, salvavidas, cajas de galletas y vino para los naufragios. Tenía obras de Picasso, libros de Juan Ramón Jiménez, y un pez saltarín, no se sabe si boquerón o delfín, regalo de Manuel Ángeles Ortiz para la portada de la nueva revista con retraso en zarpar desde su muelle en la calle San Lorenzo, 12. Tanto que el pintor de Granada les preguntó el motivo y a cuya pregunta Prados respondió que no había salido por exceso de buen tiempo.

La alegría de vivir y de publicar

De todas las capitales afines a la Generación, Málaga representa el espíritu hedonista de aquella pandilla lírica de visitantes de su rebalaje azul y de la imprenta dirigida por Antonio Chávez, donde su tripulación, repleta de grumetes y de un alegre manco, componía los pentagramas de cada plana con la verticalidad inglesa de la baskerville, el redondeado holandés de la elzeveriana, o con la bodoni de serifas rectas terminadas en gota. Las elecciones de Altolaguirre, al igual que la jerarquía de los blancos, la modulación de una línea, la belleza visual del poema en papeles siempre cálidos y su predilección por la moderna normanda tipográfica.

De noviembre del 26 a junio del 29, instruidos por Andrade en la pericia y la pausa en mantener el latido de sístole y diástole de la Minerva, la imprenta bota Litorales con la sirena de Benjamín Palencia o el marinerito enamorado de Lorca en sus portadas. Los libros *Tiempo* de Emilio Prados, *Adán y Eva* de Edgar Neville, y los suplementos de la revista con *Canciones* de García Lorca, *La amante* de Alberti, *Las islas invitadas* de Altolaguirre, *Perfil del paraíso* de Luis Cernuda.



El cazador de nubes se ha doctorado en Gutenberg. De sus manos han salido hermosos números y el triple dedicado a Góngora, pero a finales de 1929, después de los dos últimos y de *Jacinta la pelirroja* de Moreno Villa, elaborados por José María Hinojosa, se acaba el buen tiempo entre los amigos. La nueva etapa surrealista queda varada. Huérfanos de poesía, los trabajadores de Sur prosiguen con encargos comerciales.

Viva España y el agua de carabaña

Un grito con dos partes. La primera de miedo y de supervivencia, la segunda con un guiño clandestino en las jornadas de mucho trabajo. José Andrade, la cuarta generación al frente de la imprenta adquirida en 2020 por el Centro Cultural de la Generación del 27, dependiente de la Diputación de Málaga, cuenta que proviene de la visita de un general victorioso a los operarios con objeto de decidir si se les montaba en un camión y pálante. A botazo de charol seco, con una fusta entre las manos, escudriñándolos bajo sus boinillas, la ruina en sus caras, y antes de marcharse su mano en alto y grave la consigna de la patria. Al unísono un coro romano. Su segunda salvación de la muerte se la debieron a José María Amado, el responsable de Prensa y propaganda, concedor del prestigio de *Litoral*. La imprenta incautada pasó a llamarse Dardo. José Andrade recuerda de su niñez la botella verde de tres cuartos de Carabaña, rellena con el petróleo con el que su abuelo limpiaba los rodillos de las máquinas.

Dardo fue también la cabecera de la revista de espíritu nacional con publicidad comercial malagueña, proclamas y algún que otro poema. Los Andrade, José y su hermano Manuel de segundo apellido Miranda, tuvieron que esperar a 1941 para ver la poesía entrar de nuevo en la rama de la Minerva. La revista *Meridiano*, fundada por Santiago Arbós y Enrique Llovet, supuso el sueño previo al renacimiento de la artesanal impresión directa, con exquisitas plaquettes de las colecciones *El Arroyo de los Ángeles*, creada en 1950 por Alfonso Canales y de *A quien conmigo va*, al cuidado de Bernabé Fernández-Canivell. Un poeta docto igualmente en tipografía, compañero de Altolaquirre en el II Cuerpo del Ejército del Este, artífice en 1952 de *Caracola*. La segunda *Litoral* de Málaga, en compañía de Rafael León, otro mago de la edición en 1976 de *Caballo griego para la poesía*.

Avenida del Generalísimo 37

Decía Rafael León que él trabajaba de manera no venal. Lo suyo era por amor al arte, y porque “la poesía es una manera de hablar libre”. Elegante y minucioso con todas las exigencias del proceso de la edición en su cabeza, un ángel siempre pegado al hombro de José Andrade Miranda, sabedor de que el estilo es la caja de la página, el carácter la huella. A su destreza en la estampación le deben su armonía los poemas de Carmen Conde, de Pere Gimferrer y de Elena Martín Vivaldi entre otras voces, impresos en los delicados breviarios de tirada de culto como los *Cuadernos de María Cristina*, tutelados por el magisterio del editor Ángel Caffarena.

Brillante la generación del 50 y la de los jóvenes a la zaga, dichosos del retorno de *Litoral* con el Mayo del 68 de José María Amado y su reivindicación de Dionisio Ridruejo, León Felipe, María Zambrano, de la poesía española del exilio. En 1975 se sumaría Lorenzo Saval, director de la revista galardonada con el Premio Nacional de Fomento de la lectura en reconocimiento a la travesía de este barco de poesía, tantas veces en su portada, que enroló a lo largo de varias décadas la esencia plástica de Maruja Mallo, Eugenio Granell o José Caballero. Hace mucho que la imprenta Sur no es el astillero de *Litoral* y de la mudanza de

la renombrada Alameda, en cuyo número 33 Salvador López Becerra inició sus *Pliegos del mar* y Rafael Inglada los *Cuadernos de María Eugenia*.



Un museo de la poesía

Hoy día la imprenta es un pequeño museo vivo donde huele a libros recién hechos. De La Monopol Minerva de doble folio prolongado, de la Minerva chica de un folio, y de la automática Adast Grafopress checa, emergen tres o cuatro números al año. Tiradas de 350 ejemplares de las colecciones *El castillo del inglés* creada por Julio Neira, *La cama de Minerva* por Aurora Luque y *Cazador de nubes* por José Antonio Mesa Toré, los tres últimos directores del Centro Cultural de la Generación del 27.

Al timón de las mismas se mantiene José Andrade con su uniforme azul de capitán impresor, rodeado de insignias fantasmas conversadores, bajo el reloj de péndulo de Prados mantenido en hora. Ágil sus dedos en cribar vocales y consonantes en los cajetines donde las letras parecen chanquetes de plomo. Defensor de la hechura de la Ibarra, nacida en la edición del *Quijote* de 1780 y copiosa en tipos cogidos de a dos por la cintura: la st, la ch o la qu. Estético para elegir de la remendería, repleta de miles de pequeños clichés de albaranes, de hojas de cálculo de minibares con sus puntillés y sus líneas de medio punto, los hierrecillos de una luna lorquiana mirándose en el agua, de una prensa o una herradura de laurel, a modo de ilustraciones de cubierta. Guarda de los Andrade que le precedieron muchos secretos de oficio, la pericia con los difíciles papeles verjurados en los que la letra imprime débil, y se necesita calzar una décima por

detrás de la P o de la A con una gota de papel de periódico y un meñique de saliva.

Hace unos años apostó por imprimir la traducción de Altolaguirre de *El paraíso perdido* de Milton. Su homenaje personal a la historia de la imprenta Sur, a la que Pablo Neruda bautizó como la catedral de la poesía.